Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

Creer en la felicidad

Ricardo Méndez-Silva*

En 1965, en el último año de mi carrera de licenciado en derecho en la UNAM, cursé la materia optativa de derecho comparado. Fue una casualidad venturosa puesto que las vacaciones de diciembre y enero las pasaría en Long Island, Nueva York, en casa de una familia amiga de mis padres con miras a practicar el inglés. Le pedí a Marcelo Sallés, amigo y compañero de andanzas estudiantiles, me inscribiera en la materia que el seleccionara y escogió para los dos la referida. La impartía el profesor Roberto Molina Pasquel, un personaje caballeroso y relevante; tenía el puesto de director de Asuntos Jurídicos en la Secretaría de Relaciones Exteriores y en la Universidad estaba al frente de un misterioso Instituto de Derecho Comparado.

La materia no era taquillera, formábamos el grupo apenas cuatro alumnos, además de Marcelo y de quien escribe, Margarita Núñez Camargo y Patricia Kurczyn, a quien conocía de vista pues no pasaba inadvertida en la Facultad y pude percatarme en la clase que además de guapa sobresalía por ser una alumna aplicada y de generosidad notable. Las lecciones nos permitieron familiarizarnos con los sistemas jurídicos predominantes en el mundo, el romanista y el *common law* y nos beneficiamos de un consejo que nos transmitió don Roberto, válido para mí hasta la fecha: al realizar alguna investigación deberíamos ir siempre a las fuentes originales, aunque las hubiéramos leído y releído mil veces. El curso era vespertino y gustábamos de acompañar al profesor al estacionamiento, saludaba a varios colegas a lo largo de los pasillos y gentil nos presentaba como sus mejores alumnos. Éramos tan solo un cuarteto, no había mucho de donde escoger, pero agradecíamos satisfechos el cumplido, ayer, como hoy en el recuerdo.

* Investigador en el Instituto de Investigaciones Jurídicas, ingresó como auxiliar de investigador en 1965 y como investigador en 1967.

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

A punto de terminar el año lectivo lo invitamos a cenar a un restorán que se encontraba en la tienda departamental de Liverpool, Insurgentes, inaugurada justo el año anterior, que impulsó la comercialización irrefrenable de la zona. Paty había sido invitada por él a laborar en el Instituto unos meses antes y en un momento que se levantó de la mesa el profesor me confió que había una vacante y me alentó a que le planteara mi interés para cubrirla. Al reincorporarse a la mesa caí en un mutismo paralizante sin saber qué palabras pronunciar para solicitar empleo, Paty entonces tomó la iniciativa y me candidateó con don Roberto. Sí licenciado, como no, dijo él, y me citó en un territorio desconocido, el tercer piso de la Torre I de Humanidades, afuera de la Facultad de Filosofía y Letras, en donde se encontraba la sede del Instituto. Realicé un examen consistente en la elaboración de una ficha legislativa del *Diario Oficial* de Perú. Tal vez no salí avante en la prueba, pero como seguramente el resultado no afectaba a la cultura jurídica universal, fui contratado de todas maneras. He pensado más de una vez que en el primer paso quedó dibujado el destino.

El Instituto era muy pequeño, además del director lo constituían como investigadores el maestro Héctor Fix-Zamudio, dueño desde su juventud del reconocimiento generalizado de ser el especialista número uno en derecho de amparo, título que lo tenía sin cuidado y que nunca se le ocurrió disputar; había renunciado a una carrera prometedora en la Suprema Corte de Justicia de la Nación para entregarse en plenitud a la vida académica.

Se encontraba igualmente Niceto Alcalá-Zamora, hijo del presidente de la abatida República española, procesalista riguroso y de altos vuelos, había entrado al Instituto desde los años cuarenta y fue ciertamente uno de los pilares del Instituto en sus albores y encauzamiento primordial.

Modesto Seara Vázquez figuraba también como investigador, obviamente no perteneció a la generación de los refugiados del 39, pero salió de España una veintena de años después para hacer sus estudios de posgrado en Francia e Inglaterra, asfixiado por el ambiente opresivo de la dictadura franquista. Conoció en Londres a Isidro Fabela quien lo invitó a venir a tierras mexicanas. Carl Jung escribió sobre las coincidencias significativas y ésta fue para mí una de esa categoría; había cursado con él la materia de derecho internacional, me había sugerido el tema de mi tesis de licenciatura y él mismo fungía como director. Lo encontré en el Instituto y a raíz de mi recepción profesional me invitó a dar clases a la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, plantel que llegó a ser para mi tan entrañable como el Instituto. Recordemos que el Instituto no es una isla, en todo caso es parte de un archipiélago intenso llamado Universidad.

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

Imposible olvidar a Monique Lions, dama en todo el sentido de la palabra, francesa, rubia, muy pálida. La razón de su esbeltez extrema quizás lo explicara el número que le fue grabado en el brazo izquierdo en un campo de concentración. En las ofrendas que se instalan con motivo del Día de Muertos parece encontrarse en suspensión animada en una fotografía que bien la recuerda.

Fausto Rodríguez fue de veras tan amable con nosotros los primerizos, una actitud que nos dispensaron sin límite los investigadores de esa etapa. Sergio García Ramírez, en pleno uso de su juventud y talento, llegaba en las mañanas con furia académica a dar cuenta voraz de libros y notas. Pronto empezó a cosechar éxitos académicos y profesionales; fue director de la penitenciaría del Estado de México, en donde inauguró la modalidad de la cárcel sin rejas para los internos de buena conducta y cuya pena estuviera cerca de cumplirse. En sus memorias ha escrito don Sergio que nunca se escapó ningún preso de los que fueron seleccionados para el programa innovador. Conservo entre vaguedades algunas imágenes mentales de la invitación que nos hizo a los miembros del Instituto, auxiliares incluidos, para visitar el centro carcelario en Toluca.

Elsa Bieler se encargaba de organizar eventos extensionales, hacía gala de jovialidad y nos dispensó una confianza fraternal, tan importante para nosotros en esos comienzos titubeantes. Jesús Rodríguez y Rodríguez hacía las veces de secretario del Instituto, la función podía desahogarse entonces con uno solo y no como acontece en el presente que se necesita uno para cuestiones académicas, otro para las administrativas, así como una ramificación importante de posiciones de soporte.

Mis compañeros auxiliares de investigación fueron Paty, Leonor Díaz Jardines, personaje emblemático que con el tiempo ocupó la jefatura del Departamento de Legislación. Estaba también un estudiante que ostentaba el mejor promedio de su generación, la 62 de abogados, y estudiaba a más no poder por la inminencia del periodo de exámenes; concluido éste se tornó bromista, dueño de un ingenio notable que usaba un día y otro también para chotear al prójimo (y todos entrábamos en esa categoría): Rolando Tamayo. Los cuatro desarrollábamos actividades parecidas a las que en la actualidad son propias de los becarios y los técnicos académicos.

Rolando tenía un amigo becario en la Coordinación de Humanidades, ubicada en el octavo piso de la Torre I de Humanidades, colaboraba con Mario de la Cueva, nada menos. A media mañana bajaba todos los días a tomar café con nosotros, costumbre deliciosa que se transformó en una amistad perdurable, de talante campechano hacía honor a su oriundez pues había llegado

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

de su estado natal del sureste a la ciudad de México a hacer su preparatoria y su carrera de licenciado en derecho: Jorge Carpizo, quien como Rolando era el mejor promedio de su generación, en su caso la 63 de abogados. Hago un paréntesis para reconocer que los dos fueron un ejemplo para mí por su dedicación y disciplina en la etapa en la que yo me asomaba a la docencia y la investigación. Jorge suspiraba por ingresar al Instituto, se le oía decir como en una letanía "yo lo que quiero es investigar". Con una audacia que hoy me sorprende, solicité una cita con el director, a la sazón el maestro Fix, con el fin de presentárselo. No creo haber usado la consabida fórmula de que era una joven promesa, en esos inicios distantes ninguno sabía hacia donde marcaría la brújula del destino. El maestro Fix, prudente, aclaró que no disponía de plazas, pero que lo tendría presente en la primera oportunidad y cumplió fielmente su palabra cuando Jesús Rodríguez y Rodríguez renunció y partió con su cargamento de fichas que había elaborado sobre el tema de los derechos humanos. Jorge fue así secretario del Instituto. Transcurrieron algunos lustros, plenos de avatares y glorias, y tras concluir su gestión como rector de la UNAM, Jorge me recordó el episodio y comentó que lo había dejado escrito en una rememoración de su trayectoria universitaria. Me costó reconstruir el rompecabezas de los ayeres olvidados, pero más o menos armado pensé para mis adentros ¡qué visión tenía yo!

Javier Elola, de la generación brillante de los profesores españoles, fue el primer secretario del Instituto. A mi ingreso ya había retornado a la Madre Patria. Entre sus aportaciones sobresale con creces la Biblioteca que organizó y que en 1965 latía como el corazón vibrante del Instituto. Subrayo que la Biblioteca fue la llave maestra de mi formación profesional, empezaba a trabajar en mi tesis de licenciatura y en los anaqueles me aguardaban la *Revista Española de Derecho Internacional*, el *Recueil des Cours de Droit International*, el *International and Comparative Law Quarterly*, *L'Anuuaire Français de Droit International*, un anuario ruso en la materia con *abstracts* en inglés y francés, el *American Journal of International Law*, libros de texto como el de Charles Rousseau e innumerables obras. Parafraseando a un presidente mexicano, no vayan a creer que todas las agoté, pero me sirvieron por su inmensa valía como fuentes de consulta. Sin la Biblioteca mis derroteros profesionales se hubieran perdido en otros rumbos. Convoco en el recuerdo a Eugenio Hurtado, estuvo a cargo de la Biblioteca después de Elola. Compartíamos más o menos la misma edad y poseía una memoria fantástica, conocía la ubicación de todos los libros del acervo, los ficheros eran para él una simple referencia indicativa. Estaba pendiente de la nueva bibliografía y nos apartaba a cada uno el material de nuestra especialidad e interés. Años más tarde, "ex catedra",

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

íbamos a jugar frontenis con Leoncio Lara, Felipe Remolina, Raúl Carranza, también bibliotecario y cuñado de Eugenio.

En la presente recordación es de justicia pasar lista de presente y con el mayor afecto a las secretarias que empeñaron su responsabilidad con devoción universitaria: Vicenta, Alicia, Antonia, Violeta, Rosita y Josefina. En la intendencia laboraban el señor Rosales, de andar un tanto encorvado, eficiente y cordial, famoso en el Pedregal de Santa Úrsula por haber engendrado diecinueve hijos, uno de ellos Fabián que desempeñaba el mismo trabajo, también muy afable. En su oportunidad fue encargado de las fotocopias. En suma, todo se articulaba en un ambiente familiar.

Lubán es un capítulo aparte y no resisto hacer una digresión. Mijailovich Lubán fue un ruso blanco de baja estatura y caminar cansino, edad avanzada e indeterminada, aire de pocos amigos, la cabeza se le hundía entre los hombros y hacían resaltar una joroba distintiva de su constitución. Durante las cuatro estaciones del año vestía una gabardina negra y portaba también un portafolio desvencijado del mismo color y cuyo contenido fue siempre inaccesible. Los maledicentes, que a la mejor éramos nosotros mismos, corrían la especie de que era un espía de la KGB. Según su versión había llegado a México procedente de París en donde había conocido a María Félix, "La Doña", quien se había enamorado de él, nosotros intuíamos en todo caso era exactamente al revés. Malvivía de un mini contrato del Instituto para hacer reseñas o alguna traducción que resultaba ininteligible, igual que la versión original en ruso; la carencia de ingresos adicionales lo orillaba a rondar a algunos profesores en pos de auxilio financiero. Entre sus benefactores se encontraban Wenceslao Roces, Guillermo Floris Margadant y Modesto Seara Vázquez, pero los donativos disfrazados de préstamos no mitigaban su paupérrima situación y el pobre Lubán repetía sus quejumbres sin cesar "soy un *desgrraciado*, me voy a *suicidarr*". Con ánimo de apoyarlo inventamos que nos diera clases de ruso, los alumnos solidarios fuimos el maestro Fix, Paty Kurczyn, yo, y no recuerdo quienes más. Nos enseñó el alfabeto ruso y la pronunciación, la ele suave y la ele dura eran insufribles, hacíamos gestos faciales torciendo el cuello para igualar esas tonalidades inexistentes en nuestro idioma. Fue todo lo que aprendimos, alfabeto y pronunciación muy a medias, a partir de ahí las clases las iniciaba Lubán preguntando con gesto de pedagogo: "¿*Quierren leerr* o *quierren* que yo lea?" Terminamos desertando a cuentagotas. Por demás decir que Lubán no salió de pobre con nosotros y siguió en la penuria sin que María Félix se apiadara de él. ¡Todas las divas son iguales! Un día Mijailovich Lubán cumplió lo que nadie tomaba en serio, se

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

aventó de un cuarto piso para acabar con sus días. La autopsia determinó que en el último momento se había arrepentido. ¿Pero cómo pudo saberse que había cambiado su determinación en los momentos cruciales del final si no había testigos? La necropsia reveló que tenía el pecho raspado y de ello se dedujo que se iba a lanzar de espaldas, sujetándose primero de la ventana para descolgarse afuera y dejarse caer, pero tal vez el espanto de lo irremediable lo hizo enfrentar el instinto de supervivencia a la ley de la gravedad y pegado a la pared forcejeó desesperado, lo que provocó las lastimaduras en la región pectoral, el peso de su cuerpo lo jaló y lo jaló hasta que cayó al vacío sin remedio. Desahogados los trámites complejos de un suicidio, el cadáver fue llevado al Velatorio del ISSSTE, en la avenida San Fernando. Floris Margadant recibía el duelo, atendía y presentaba a los pocos circunstantes y al final del improvisado ceremonial mostraba el ataúd diciendo con su inconfundible acento holandés: ¡El protagonista!

En realidad fue 1966 el primer año de mi estancia en el Instituto. Tal vez los *post* modernos no crean que en esos tiempos regía la semana de cuarenta y ocho horas, es decir, trabajábamos los sábados hasta la una de la tarde. Con nuestros raquíticos haberes Rolando, Paty y yo saludábamos las quincenas con una escapada al restorán Jardín, ubicado en Avenida de la Paz casi esquina con avenida Revolución para degustar una cerveza, y cuando la cartera no se declaraba en insolvencia inapelable, acompañábamos los tarros con un plato de salchichas estilo alemán. Desahogado el trámite sabatino se "rompía una taza y cada quien para su casa".

Pero no todo fue vida y dulzura, también en 1966 se armó un movimiento contra el doctor Ignacio Chávez, que había brotado primero en la Facultad de Derecho. Las huellas dactilares en aquel atropello identifican con márgenes mínimos de error a la Presidencia de la República y a quien suele llamársele el inquilino de los Pinos. Si el lector piensa que se trataba de Gustavo Díaz Ordaz le atina totalmente aunque no sea mal pensado. Es uno de los pasajes más oprobiosos que he presenciado en mi paso por la Universidad y vaya que existe un buen número de sucesos reprobables. En una ocasión, conversando con el maestro Fix coincidimos en que el atentado que terminó con el derrocamiento del rector fue el preludio de los acontecimientos de 1968.

En octubre de 1966 y pese al tiempo que estuvo en crisis la Universidad logré obtener mi título de licenciado en derecho. Mi jurado estuvo compuesto con gente de casa, luminosos todos, Roberto Molina Pasquel, Héctor Fix-Zamudio, Modesto Seara Váquez, Luis Nicolín y Sergio García Ramírez como secretario, de quien he atesorado su consideración y bonhomía, que me dieron seguridad para desenvolverme en el examen que en virtud de la semana

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

de cuarenta y ocho horas tuvo lugar un sábado a la una de la tarde en el Aula Magna Jacinto Pallares.

El 4 de octubre de 1966 el maestro Fix-Zamudio fue designado director del Instituto en sustitución de Roberto Molina Pasquel. Fue el primer director de tiempo completo y el parteaguas entre la primera etapa del Instituto identificada con la labor pionera de los juristas españoles —a quienes debemos recordar con gratitud— y la etapa que propulsó al haber formado a una nueva generación de investigadores y le imprimió reciedumbre académica y miras ambiciosas a nuestra casa. Durante su quehacer directivo, el Instituto de Derecho Comparado se transformó en Instituto de Investigaciones Jurídicas para uniformarse con los otros institutos de Humanidades que llevaban el nombre de Investigaciones Estéticas, de Investigaciones Filosóficas, etcétera.

La proyección del Instituto aconteció en una coyuntura harto favorable. El rector Ignacio Chávez había sentado las bases para crear la carrera académica de profesores e investigadores de medio tiempo y tiempo completo, desafortunadamente el antecitado movimiento "estudiantil" dio al traste con sus afanes. Llegó a sustituirlo Javier Barros Sierra el 5 mayo y a ocupar la silla de su egregio abuelo, Justo Sierra. Asumió el proyecto en ciernes y visionario lo afinó y echó a andar. La primera plaza que tuvo el Instituto para este fin fue de medio tiempo y tanto el maestro Fix como Niceto Alcalá-Zamora me motivaron para que me presentara a un concurso de méritos. Jugó a mi favor que era el único de mis compañeros que se había recibido. Hubo dos inscripciones, incluyéndose la mía. Al fin recayó la decisión en mi persona. La plaza se tenía, pero disponer de los recursos era otra cosa. El maestro Fix tuvo que hacer malabares para conseguirlos y unos meses después tramitó la conversión de la plaza en una de tiempo completo.

Transcurría 1968 apacible, pero en los sótanos de la realidad nacional se gestaban convulsiones que desembocaron en una tragedia. Como un hierro al rojo blanco nos marcó el movimiento estudiantil y la feroz represión. He dejado algunas pinceladas de esos aconteceres en algunos discursos publicados, sería fastidioso retomarlos, prefiero aludir a tres acontecimientos que no figuran en los anales heroicos de esos meses.

En alguno de los institutos de la Torre I trabajaba un bibliotecario al que conocíamos de vista; yo, de hecho, nunca crucé palabra con él y ni siquiera conocí su nombre. El 18 de septiembre por la noche entró el Ejército a la máxima casa de estudios de México. La operación perseguía atrapar a todo el Comité de Huelga, cosa que terminó en un fiasco. El pavor y la incertidumbre se extendieron en el campus, a la mayor parte de las personas que encontraban los soldados, incluyéndose a quienes sostenían su examen profesional y

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

sus invitados, los concentraron al pie de la Rectoría y los tumbaron boca abajo, apuntándoles con los fusiles. Algunos corrieron para escapar, entre ellos un compañero de la carrera que se recibió esa tarde noche, Armando López Lozoya, de Torreón, quien tuvo tiempo de recoger su constancia de aprobado, le imprimió velocidad a sus extremidades inferiores y se enfiló a toda velocidad hacia la puerta de la Avenida Universidad, la encontró bloqueada por el Ejército. Armando optó por escalar uno de los muros de piedra volcánica y presto a saltar escuchó la detonación de un balazo que por fortuna no lo alcanzó, pero en cambio hizo blanco en el bibliotecario de la Torre que huía también. La herida le dejó una cojera permanente. Parece que lo estoy viendo acudir renqueando a su trabajo.

El segundo suceso se conoció al terminar la ocupación militar el 30 de septiembre. Una vez entregadas las instalaciones, las autoridades universitarias retornaron a enmendar el desastre. En el octavo piso de la Torre I encontraron a una joven desmayada en el baño, ahí se había refugiado y permaneció encerrada tomando agua únicamente hasta el 30 del mismo mes de septiembre cuando se retiró el Ejército. En su soledad angustiosa veía desde arriba las movilizaciones de la tropa e incluso escuchó las pisadas marciales de los soldados en una revisión que efectuaron al piso. Era nacional de un país centroamericano y temió salir, ya que las tinieblas autoritarias culpaban de todo a los extranjeros, tachados de comunistas, pagados, claro, por el oro de Moscú.

El tercer acontecimiento lo protagonizó nuestro querido amigo Diego Valades. Diego participó activamente en el Comité de Huelga de la Facultad de Derecho, en donde brillaban sus cualidades de tribuno y sus estrategias contestatarias. Su casa fue sede de reuniones importantes de miembros del movimiento. Importa visualizar la situación del país, el "milagro mexicano" se caía a pedazos, desde fines del sexenio de Adolfo López Mateos habían irrumpido movimientos de inconformidad, el de los maestros y los ferrocarrileros, en el de Díaz Ordaz fueron protagonizados el de los médicos y el de la Universidad Nicolaíta de Michoacán. La respuesta había sido una grosera intransigente represión. Para colmo ya se diagnosticaba a México como uno de los dos países con mayores niveles de desigualdad en América Latina, el otro era Brasil. Un joven universitario dentro de ese entorno tenía que ser a fuerza rebelde, rebelde, que no se confunda con un alborotador revoltoso. Un medio día Jorge Carpizo, ya en funciones de secretario del Instituto, recibió una llamada de don José Valadés, el insigne historiador, padre de Diego, lo trataba de localizar para advertirle que su casa estaba rodeada por la policía secreta (no tan secreta porque todo mundo la identificaba por su calaña) y que se pusiera a

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

salvo. Como no se encontraba en el Instituto fui a buscarlo a la Facultad, sin suerte, no lo encontré pero por fortuna tampoco lo detuvieron. El gobierno dio muchos palos de ciego que sólo agravaron el conflicto.

De una índole distinta, en el mismo año, el Instituto organizó un evento de suma importancia. Asistió René Cassin, quien poco antes había sido galardonado con el Premio Nobel de la Paz, fue arquitecto principal de la Declaración Universal de los Derechos Humanos del 10 de diciembre de 1948, uno de los grandes documentos de la historia de la humanidad. Me parecía increíble estar frente a un premio nobel. En la visión retrospectiva he pensado que fue una señal precursora, pues con los años el Instituto se comprometería a fondo con esta causa; resplandecen los nombres de Héctor Fix-Zamudio y Sergio García Ramírez como jueces y presidentes de la Corte Interamericana de Derechos Humanos; Eduardo Ferrer Mac Gregor como juez del mismo tribunal en los días que corren; Jesús Orozco como comisionado hoy en funciones de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, de la cual ha sido presidente. Por otro lado, el maestro Fix en sus estudios bosquejó la creación de una Comisión de Derechos Humanos en México; alumbrada en la doctrina se convirtió en realidad en 1991. Han sido presidentes de este importante organismo, Jorge Carpizo, fundador, Jorge Madrazo, José Luis Soberanes, Raúl Placencia y a partir de fecha reciente Luis Raúl González Pérez. Relevancia nada desdeñable tiene la labor de los investigadores en cuyos trabajos se cruza de una u otra manera el amplio y apasionante catálogo de los derechos humanos. Pese a que Lenin está a la baja podemos citarlo "No hay mejor práctica que una buena teoría".

En el año de referencia llegó Anthony Jolowicz de la Universidad de Cambridge, interesado en estudiar el derecho mexicano; de hecho era su segunda visita, la primera había acaecido dos años antes. Los jóvenes de entonces, depositarios orgullosos de la tradicional hospitalidad mexicana, lo llevábamos a su hotel y lo paseábamos. Fuimos a Guanajuato, Puebla, las Pirámides, Cuernavaca. En ésta su segunda estadía nos convocó a Paty, a Jorge y a mí para preguntarnos si nos interesaría ir a estudiar a Inglaterra. Si hubiera sido a Bulgaria igual hubiéramos contestado de modo entusiasta y afirmativo. Paty declinó en virtud de sus prioridades y compromisos de ese entonces. Tony le aconsejó a Jorge ir a la London School of Economics para seguir sus estudios de derecho constitucional y a mi me señaló como el mejor lugar del mundo para estudiar derecho internacional a la mismísima Universidad de Cambridge. A nosotros nos tocaba obtener el financiamiento en México, mientras él nos ayudaría a conseguir las inscripciones correspondientes, un apoyo fenomenal que reducía a más de la mitad la tramitología para obtener una beca.

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

Apareció en escena nuevamente el maestro Fix. Su prestigio y las excelentes relaciones que guardaba con las autoridades universitarias nos allanaron el camino, no escatimó gestión alguna, ni oficios ni llamadas telefónicas abogando por nosotros. Necesitaría más de una vida para agradecerle su confianza y respaldo. La entonces Dirección General del Profesorado había puesto en operación un programa de formación de profesores e investigadores de carrera a cuyo frente se encontraba Miguel González Avelar. Una de sus competencias era otorgar becas a los interesados en irse a formar a universidades del extranjero. Ni mandado a hacer. González Avelar, todavía en sus años veinte, festinó que yo estuviera enfocado a Cambridge y me dijo algo de gran significado y que consigno aquí en su honor: "Lo celebro, tenemos que cuidar a nuestra juventud y evitar que vaya a estudiar a los Estados Unidos". Algo sabía. El maestro Rubén Bonifaz Nuño fungía como coordinador de Humanidades. El poeta y clasicista era también amigo cercano del maestro Fix y debía dar su visto bueno para que se nos concediera la beca. Lo visité en el octavo piso, como quien va adonde sólo las águilas se atreven, y me expresó festivo "Dígale a Fix que los voy a mandar a todos ustedes a estudiar al extranjero". Como en otros pasajes de mi itinerario, transcurrieron los lustros y el maestro Bonifaz me distinguió con su amistad, poseía un sentido del humor chispeante e inagotable que se compaginaba bien con su jerarquía impresionante de poeta y ensayista. Un buen día lo inquirí sobre la razón por la que se había dedicado a estudiar a los clásicos, dejó para otro día la ironía y meditabundo suspiró: "Ah maestro, porque los clásicos creían en la felicidad". No soy un clásico en forma alguna, con desenfado me apropio de la frase del maestro Bonifaz para darle título a la presente nota porque estoy convencido de que todo lo que hacemos en el Instituto y en la Universidad nos conduce a la felicidad.

En 1969 crecía el Instituto, ingresaron como investigadores Héctor Cuadra, quien a principios de los años cincuenta ya había estado en el Instituto. Llegaron al refuerzo Leoncio Lara y Rosita Álvarez, con quienes se fincó una amistad alegre y trascendente. Habían arribado como becarios Diego Valadés, Manuel Barquín y José Francisco Ruiz Massieu.

Con las banderas de la ilusión desplegadas salí a fines de septiembre a cursar la Maestría en la Universidad de Cambridge, Inglaterra. En noviembre llegó Elsa Bieler a realizar una visita a la Universidad y me llevó mi primer libro, recién publicado, *El régimen jurídico de las inversiones extranjeras*. No tuve pavor sino pánico al tenerlo en mis manos, pesimista pensaba en el torrente de críticas que podía haber provocado. Elsa notó mi desazón y me informó que había sido muy bien recibido.

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas

Este libro forma parte del acervo de la Biblioteca Jurídica Virtual del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM
www.juridicas.unam.mx
Libro completo en
http://biblio.juridicas.unam.mx
http://biblio.juridicas.unam.mx/libros/libro.htm?l=3981

En este 2015 cumplo cincuenta años de haberme incorporado al Instituto. El tango "Volver" dice que veinte años no es nada, bueno, medio siglo ya empieza a contar. Ha pasado la vida y ha pasado para bien. El primer día que llegué a la UNAM, en febrero de 1961, para iniciar mi carrera de derecho lo hice a la estación de tranvías que se encontraba a un costado del Estadio Universitario. Mi familia vivía en Mixcoac, colonia en donde los camiones pasaban repletos. El tranvía fue la solución, en la mañana temprano iba prácticamente vacío, casi me sentía viajar en una limusina de estirpe popular. Caminé hacia la Facultad rodeando el Estadio y, embebido, disfrutaba con los ojos nuevos de un debutante los alrededores, la Torre de Rectoría, los murales, el césped despedía los vapores del amanecer invernal que se antojaba una promesa de porvenir. Sentí un orgullo inconmensurable de ser universitario, un orgullo que perdura y me cimbra hasta la fecha, del mismo modo y con intensidad semejante a las de ese día primigenio. La Universidad y el Instituto han sido el centro de mis afectos, el lugar donde encontré mi vocación sobre la marcha. Les agradezco que le hayan dado un cauce digno a mi travesía existencial.

DR © 2015. Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Jurídicas